



Colombia Internacional

ISSN: 0121-5612

colombiainternacional@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Ghotme, Rafat; García Sicard, Nadia
Neomubarakismo: al-Sisi y la nueva cara del autoritarismo en Egipto
Colombia Internacional, núm. 86, enero-abril, 2016, pp. 137-162
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81244236006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Neomubarakismo: al-Sisi y la nueva cara del autoritarismo en Egipto

Rafat Ghotme
Universidad Militar Nueva Granada (Colombia)

Nadia García Sicard
Universidad Santo Tomás (Colombia)

DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/colombiaint86.2016.05>

RECIBIDO: 30 de septiembre de 2015

APROBADO: 1 de diciembre de 2015

MODIFICADO: 11 de diciembre de 2015

RESUMEN: El propósito de este artículo es evidenciar cómo se renovó el autoritarismo en Egipto tras la caída de Mubarak. A través de la reconstrucción de las acciones de los principales actores políticos egipcios se demuestra que las demandas de democratización que surgieron en la “primavera” de 2011 significaron solo un cambio en la personificación del autoritarismo, pero no del autoritarismo institucionalizado de los militares. También se establece que esa estructura ha sido legitimada por el actual presidente al-Sisi mediante la restitución o “corrección” de diversas prácticas de la era Mubarak, recurriendo a medidas más represivas, la reincorporación de las viejas figuras mubarakistas y un discurso nacionalista más agresivo. A estas prácticas se les denomina en este estudio *neomubarakismo*.

PALABRAS CLAVE: Egipto • autoritarismo (*Thesaurus*) • islamismo • mubarakismo • nasserismo (*palabras clave autor*)

Este artículo es producto de una investigación titulada “Neo-Mubarakismo: el autoritarismo renovado al servicio de los intereses de la política interna y las relaciones internacionales de Egipto”, registrada en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad Militar Nueva Granada (Colombia). Línea de Investigación: Estudios Internacionales y Políticos. Código: INV-EES-1897.

Neomubarakism: Al-Sisi and the New Authoritarian Façade in Egypt

ABSTRACT: The purpose of this article is to show how authoritarianism was renewed in Egypt after the fall of Mubarak. Through a reconstruction of the actions of Egypt's main political actors, it demonstrates that the demands for democratization which arose in the "spring" of 2011 simply meant a change in the personification of authoritarianism, rather than a change in the institutionalized authoritarianism of the military. Furthermore, it establishes that this structure has been legitimized by current President al-Sisi through the restitution or "correction" of various practices of the Mubarak era, by resorting to repressive measures, reincorporating old Mubarakist methods, and making use of more aggressive nationalistic discourse. In this study, such practices are denominated *neomubarakism*.

KEYWORDS: Egypt • authoritarianism (*Thesaurus*) • Islamism • Mubarakism • Nasserism (*author's keywords*)



Neomubarakismo: al-Sisi e a nova cara do autoritarismo no Egito

RESUMO: O propósito deste artigo é evidenciar como o autoritarismo foi renovado no Egito após a queda de Mubarak. Por meio da reconstrução das ações dos principais atores políticos egípcios, demonstra-se que as demandas de democratização que surgiram na "primavera" de 2011 significaram somente uma mudança na personificação do autoritarismo, mas não do autoritarismo institucionalizado dos militares. Também se estabelece que essa estrutura vem sendo legitimada pelo atual presidente al-Sisi mediante a restituição ou "correção" de diversas práticas da era Mubarak, que recorrem a medidas mais repressivas, à reincorporação das velhas figuras mubarakistas e a um discurso nacionalista mais agressivo. Neste estudo, essas práticas são denominadas de *neomubarakismo*.

PALAVRAS-CHAVE: Egito • autoritarismo (*Thesaurus*) • islamismo • mubarakismo • nasserismo (*palavras-chave autor*)

Introducción

La “primavera árabe” llegó a las calles de Egipto el 25 de enero de 2011. Concentrados inicialmente en la exigencia de contar con un sistema judicial independiente y en la abrogación del estado de emergencia, los manifestantes terminaron demandando no solo la salida de Hosni Mubarak, perpetuado en el poder por más de tres décadas, sino la transición hacia la democracia y la eliminación del orden económico neoliberal imperante en Egipto desde la década de 1980. Al lograr la caída de Mubarak el 11 de febrero de 2011, las enormes masas de protestantes y un sinnúmero de analistas celebraron ese acontecimiento como el inicio de una revolución.¹

Sin embargo, los egipcios experimentaron rápidamente una desilusión generalizada con relación a sus demandas de cambio. Los avances conseguidos comenzaron a paralizarse cuando los militares decidieron acumular diversas prerrogativas para administrar la transición. Mohamed Mursi, líder islámico que provenía de las filas de la Hermandad Musulmana y elegido presidente tras la celebración de las primeras elecciones libres, impulsó un plan de reformas que si bien intentaba desconcentrar el poder de los militares para concentrarlo en el Ejecutivo, lo hizo con el mismo telón de fondo de las políticas económicas neoliberales que beneficiaban a la élite empresarial egipcia y occidental. Esta política, además de un supuesto programa de islamización de Egipto, contribuyó a que un amplio sector de la sociedad a finales de junio de 2013 volviera a las calles a protestar.

Mursi fue derrocado el 3 julio de 2013 por el ministro de Defensa Abel Fattah al-Sisi, y este sería el golpe de gracia a la “revolución”. El golpe de Estado fue rápidamente legitimado con unas elecciones en junio de 2014, que si bien estuvieron viciadas y fueron poco concurridas, dejaron como ganador al propio al-Sisi. Este último, ante el silencio y posterior reconocimiento de la comunidad internacional (esto es, Estados Unidos y la Unión Europea), comenzó a estabilizar

1 En este artículo se define la “primavera árabe” como un levantamiento o insurrección popular contra el orden poscolonial autocrático y la condición de periferia a la que quedó subordinado el mundo árabe tras la Segunda Guerra Mundial. El término “revolución” se concibe como un cambio en la estructura política, económica o social producido por la presión de los movimientos de masas y el descontento creado por la represión estatal y la marginación social. En algunos países árabes el levantamiento popular logró cambios iniciales de manera relativamente pacífica (Túnez, Egipto y Yemen); otros, aunque lograron dar paso a algunas transformaciones, fueron reprimidos violentamente (Bahréin), y, finalmente, levantamientos que se transformaron en una abierta guerra civil (Libia y Siria). En todos estos casos los levantamientos no llegan a adquirir el carácter de revolución, aunque quizás se deba exceptuar a Túnez. Sobre los términos “revolución” y “primavera árabe”, ver Ramadan (2012) y Achcar (2013).

a Egipto recurriendo a una impresionante maquinaria propagandística de “salvación” y a una represión sistemática contra la Hermandad Musulmana y otros grupos de oposición.

El propósito de este artículo es explicar cómo y por qué se llegó a este resultado. A través del uso de distintas fuentes (informes oficiales de organizaciones internacionales, centros de investigación y artículos académicos y de prensa), que recogen las acciones y los discursos de los principales actores políticos egipcios, se pretende demostrar que la transición hacia la democracia en ese país sufrió un verdadero retroceso gracias a dos tipos de factores: en primer lugar, dado que los militares, desde su posición privilegiada de poder, establecieron una estructura conformada por movimientos políticos aliados (o cooptados), aunque supeditados a sus propias reglas de juego, aseguraron que el movimiento político vencedor mantuviera intactos sus intereses en el marco de la transición. En otras palabras, la transición significó solo un cambio en la personificación del autoritarismo, pero no del autoritarismo institucionalizado de los militares. El segundo factor, relacionado con lo anterior, fue el decidido respaldo de Estados Unidos al sector castrense.

En este artículo se va a desarrollar el primer elemento.² En términos específicos, las siguientes secciones pretenden mostrar cómo los militares retomaron algunas prácticas de la era de Mubarak (y de Nasser) para legitimarse en el poder: a) una misión “salvadora”, apoyada en un discurso nacionalista antiislamista; b) cooptación y represión contra la oposición; y c) consolidación del poder político-militar como fuerza determinante de un orden económico neoliberal. Al-Sisi, a diferencia de Mubarak, ha implementado estas prácticas a través del uso de medidas represivas más brutales y un discurso nacionalista más agresivo, incorporando, paradójicamente, al Islam como fuente de legitimación. A todas esas prácticas se les llamará en este estudio *neomubarakismo*.

1. La caída de Mubarak

En muchos sentidos, el presidente Mubarak reprodujo y profundizó el orden autoritario y neoliberal iniciado a fines de la década de 1960 por Nasser y estructurado durante la presidencia de Sadat (1970-1981). El plan de liberalización o *Infitah*, si bien logró acelerar el crecimiento económico egipcio, a la larga no promovió una economía competitiva o capaz de producir los recursos necesarios para cubrir las necesidades de la población. Durante la década que antecede a la

2 El rol de Estados Unidos será estudiado y analizado en un trabajo posterior.

crisis de 2011, el gobierno egipcio se vio enfrentado a una enorme ola de protestas y no tuvo más remedio que responder a los movimientos sindicales o juveniles a través de la represión o cooptación.

a. Del autoritarismo a las demandas de democratización

Mubarak llega al poder tras el asesinato de Sadat en 1981. Uno de sus primeros pasos, en medio de la conmoción interior y el legado de una década de protestas en diversos sectores de la economía, fue decretar el estado de emergencia. Esto le permitió concentrar más poder que su antecesor, y, de hecho, con la ayuda de un Parlamento obediente, estableció en Egipto una especie de sistema “que operaba junto con el aparato legal existente, pero sin la supervisión institucional” (Brown 2014, s. p.). En otras palabras, la Constitución de 1971, a pesar de consagrar la división de poderes, permitía al presidente reproducir el autoritarismo que heredó de sus antecesores: manipular las elecciones y concentrar el poder a través del régimen de excepción con el fin de reprimir, intimidar, acosar o perseguir a los opositores políticos en nombre de la seguridad y la estabilidad (Aoudé 2013; Soliman 2011).³

Con relación a los partidos políticos, estos también se vieron limitados, dada la vigencia de unas normativas que así lo permitían. Los distintos órganos judiciales, de seguridad y administrativos podían interpretar de manera flexible si los movimientos políticos estaban autorizados a participar o no en la vida pública. La “ley de los partidos”, de hecho, fue deliberadamente creada para que los pequeños partidos de la oposición quedaran bajo vigilancia del Comité de Asuntos Políticos, dominado por el partido gobernante, esto es, el Partido Nacional Democrático (Brown 2014).

Sin embargo, el régimen egipcio se vio sometido a una fuerte presión derivada de los altos niveles de movilidad social y la aparición de diversos movimientos que fueron tomando fuerza tanto en el mundo político e intelectual como en los sectores sindicales (Amin 2000; 2011). A este impulso se añadió la presión de

3 En este artículo se va a usar la categoría *autoritarismo populista/electoral*. En ese tipo de régimen existe una autoridad carismática (acompañada de una élite central o burocracia estatal) que intenta mantener el control de la sociedad bajo mecanismos coercitivos. También recurre a prácticas patrimoniales —subsidios— y a un discurso nacionalista para hacer frente a los procesos de consolidación del Estado-nación, al desarrollo económico y la movilidad social acelerados (Hinnebusch 2014). En ese sentido, los regímenes autoritarios permiten cierta redistribución de la riqueza y de servicios a cambio de votos que le permitan legitimarse y perdurar en el poder. También permiten de manera limitada la conformación de ciertos movimientos sociopolíticos, aunque su participación debe darse dentro de un marco legal en el que no pueden ejercer una oposición independiente. Ello genera una especie de fachada democrática o electoral, en la que los ciudadanos pueden ejercer libremente el voto a pesar de la cooptación de los partidos y la falta de garantías de transparencia (Diamond 2002, 27-29).

Estados Unidos para que se llevaran a cabo reformas aperturistas. El gobierno egipcio permitió algún nivel de apertura, pero no por ello abandonó el control y la vigilancia policial en las universidades, los sindicatos y movimientos políticos juveniles, y de hecho, la organización opositora por excelencia, la Hermandad Musulmana, permaneció al margen de la vida política formal (Al-Sayyid 2013, 13). En todo caso, el (re)surgimiento de las organizaciones y del activismo político, que se remonta a 2004, parecía imparable.⁴

Dos factores regionales también influenciaron este proceso: la indiferencia del gobierno egipcio a la “causa palestina”, que para los árabes y egipcios simboliza la búsqueda de justicia, emancipación e igualdad, y la invasión de Estados Unidos a Irak, que generó una gran ola de movimientos antiimperialistas. Todos estos factores fueron decisivos para que los movimientos sociales salieran a las calles el 25 de enero de 2011, a los que rápidamente se sumarían los jóvenes de la Hermandad Musulmana, el Partido Nacional Unionista Progresista y los comunistas. Estos movimientos demandaron el fin del estado de emergencia y la corrupción en la Policía y el sistema judicial. Con el paso de los días radicalizaron aún más sus demandas, rechazando el *tawrith* (poder hereditario) a favor del hijo del presidente, Gamal Mubarak, y finalmente exigieron la caída del régimen y la redacción de una nueva constitución democrática (Mossallam 2013, 114-115).

b. Economía política de la crisis de 2011

La ola de protestas iniciada el 25 de enero de 2011 fue impulsada por diversos movimientos juveniles que salieron a las calles a demandar simplemente una mayor democratización de Egipto. Sin embargo, la “primavera egipcia” solo adquirió un verdadero carácter de “revolución” (exigencia de un cambio de régimen) cuando entraron en escena los diversos movimientos de trabajadores, desempleados y desposeídos que llevaban una década de agitación popular contra el sistema neoliberal (Selim 2015).

Mubarak, al llegar al poder, temía que se produjeran nuevas revueltas masivas como las que ocurrieron en la década del setenta. Por ello declaró que sostendría la política de subsidios y volvería a la planificación económica de los primeros años de Nasser, aunque con una política de “puertas abiertas” a la producción y la inversión. Esta mezcla de paternalismo, proteccionismo y liberalización controlada por el gobierno, a pesar de beneficiar a las industrias públicas y privadas, no iba a estar exenta de dificultades. Los consumidores egipcios

4 Entre los principales movimientos deben ser referenciados Kefaya (Basta), el Comité del 9 de Marzo (integrado principalmente por académicos), el Grupo de Jóvenes por el Cambio (Shabab men agl el taghyr) y el Movimiento 6 de Abril (una organización juvenil de base obrera).

tuvieron que pagar precios más altos para sostener esa política, y, en general, el Estado no tuvo la capacidad para obtener recursos que le permitieran mantener un gasto público elevado (Nagarajan 2013, 29-30).

Con la caída de los ingresos, profundizada por el desplome del precio del petróleo, el régimen de Mubarak tuvo que hacer frente al déficit presupuestario negociando la obtención de nuevos créditos con las instituciones financieras internacionales. El mandatario comenzó las negociaciones en 1987 con el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y, si bien en un principio acordó implementar el programa de ajuste estructural, no se llegó a un acuerdo sino hasta 1991 (Nagarajan 2013, 30).

En medio de una inflación elevada surgieron nuevas protestas en diferentes sectores de la sociedad. Pero Mubarak puso en práctica la ley de emergencia y ordenó más represión. La crisis de la deuda, finalmente, llevó al gobierno egipcio a adoptar el programa de ajuste estructural impuesto por el FMI a cambio de la financiación requerida. La privatización del sector público era la base de este programa, y su corolario incluía el recorte en el gasto público y los subsidios, la liberalización del sector privado y de los mercados financieros, la eliminación del control de precios y el control de la inflación (Aoudé 2013). La política neoliberal (de privatización) adoptada por Mubarak, asimismo, se dio en un clima económico de integración global.

Debido a que al final de la era Mubarak los índices macroeconómicos de Egipto experimentaron cierto auge (un crecimiento anual del PIB entre el 4% y 6%, multiplicación del poder adquisitivo, diversificación de las exportaciones, reducción del déficit y de la inflación), las instituciones financieras internacionales calificaron a ese país como un ejemplo exitoso de liberalización y desarrollo. Pero, en realidad, esta política terminó generando una brecha más grande entre ricos y pobres y, en general, produjo un desastroso resultado en cuanto al desarrollo nacional capitalista competitivo.

Surgió un conglomerado de familias y asociaciones entre hombres de negocios del sector público y privado, políticamente bien conectados. Con los recursos públicos, la producción y los servicios manejados por estas familias —Osman, Bahgat, Seoudi, Mohamed Mahmoud, y el grupo Orascom y sus socios extranjeros—, la riqueza egipcia quedó concentrada en una pequeña élite que formaba poco más del 5% de la población (Nagarajan 2013, 32). Concentrados el poder y la riqueza entre los militares y los grandes conglomerados capitalistas, en Egipto se consolidó una especie de “capitalismo de amigos”, cultivado a través de interacciones selectivas entre las élites económicas de los sectores de la construcción de lujo, el turismo y las finanzas (Elnur 2013, 131; Nagarajan 2013, 27; Statcher 2012).

Los recursos fueron distribuidos bajo la vieja estructura burocrática estatal (de donde provenían muchos de los nuevos capitalistas), lo cual apuntaba a reforzar la base patrimonialista de las élites y los servidores públicos leales al régimen. La mayor parte de los especuladores capitalistas eran subsidiados por el Estado, y cada vez que surgía una crisis económica o estallaban las protestas, el gobierno apuntalaba las fortunas de los ricos conectados con el sistema político y al mismo tiempo empleaba métodos represivos para garantizar que las manifestaciones no se transformaran en movimientos más amplios de oposición política efectiva (Aoudé 2013).

Entre 2005 y 2008, años en que el PIB egipcio llegó a crecer al 6% anual, el programa de ajuste estructural reflejó de manera más aguda los “costos no deseados” (los economistas los llaman externalidades) de esa política: la privatización implicó grandes despidos en el sector público y una menor presencia del Estado a través de la prestación de servicios públicos o subsidios. La población no contaba con suficientes medios de consumo, mientras que los salarios reales se estabilizaban o iban en picada en el sector privado. Asimismo, las clases trabajadoras de ingresos bajos y medios, junto a los más pobres o desposeídos, que veían cómo grandes extensiones de tierras eran cedidas a los grandes conglomerados capitalistas, sufrieron directamente por las diversas alzas en los precios de los alimentos. Entre 2004 y 2010 hubo alrededor de 3.000 manifestaciones o “acciones” de trabajadores y jóvenes activistas en Egipto, siendo la más importante la registrada en el complejo industrial de Al-Mahalla Al-Kubra, donde salieron a manifestar unos treinta mil trabajadores el 6 de abril de 2008 (Aoudé 2013; Selim 2015, 61).⁵

No debe sorprender, por tanto, que en la antesala de la “primavera” existiera un gran número de egipcios pobres, desempleados y desposeídos que engrosaban las filas de los manifestantes en las calles de ese país. Los cuadros 1 y 2 sirven para ilustrar y corroborar la brecha que generó la estructura neoliberal.

Cuadro 1. Tasas de desempleo en Egipto, 2007 y 2011

	Tasa de desempleo total	Tasa de desempleo juvenil	Tasa de empleo informal	Tasa de desempleo entre profesionales graduados
2007	10%	25%	50%	---
2011	12%	30%	---	19%

Fuente: Egyptian Center for Economic and Social Rights (2013).

5 La expansión de la educación y de las redes de comunicación influyó en este proceso. Sin embargo, por razones de espacio, estas variables no se desarrollarán. Para profundizar, se recomienda dirigirse a las obras de Assaad y Krafft (2015) y Sakr (2012).

Cuadro 2. Índice de pobreza en Egipto, 1995-2013

	1995	2000	2005	2008/2009	2010/2011	2013
Pobreza absoluta	16,7%	19,4%	19,6%	21,6%	25,2%	26,3%
En el umbral de la pobreza					24%	25%
Pobreza en el campo						51%

Fuente: elaborado a partir de los datos del Egyptian Center for Economic and Social Rights (2013) y del International Fund for Agricultural Development (IFAD 2014).

En síntesis, la “primavera egipcia”, presentada en los medios occidentales como algo inesperado, fue en realidad el producto de una ola de descontento que venía dándose desde la última mitad del siglo pasado, y más precisamente, desde la primera década del siglo XXI. La transición a la democracia, las demandas de justicia social o de una política de desarrollo económico diferente de la globalización neoliberal, y una política exterior que expresara la voluntad popular, fueron el telón de fondo de las protestas del 25 de enero, en las que se calcula que salieron a las calles de Egipto alrededor de quince millones de personas.

2. La transición militar hacia el poder consensuado

Si esos factores estructurales sirvieron como el telón de fondo de la “primavera egipcia”, solo cuando los militares adoptaron el rol de catalizadores la protesta llegó a conseguir un resultado práctico. Los militares, de hecho, se desvincularon de la campaña de represión ordenada por Mubarak, y, al negarle el apoyo requerido, su caída fue inminente (Salih 2013). La cuestión que surge en este punto es responder por qué las Fuerzas Armadas respaldaron a los manifestantes y presionaron la salida de Mubarak.

a. El rol de los militares en la sociedad egipcia

Las Fuerzas Armadas en Egipto no solo cumplen con la función tradicional de servir como un aparato de defensa nacional. Tras la Segunda Guerra Mundial, cuando los países árabes comenzaron a independizarse y a construir Estados-naciones, los militares desempeñaron un rol de primer orden en ese proceso. En algunos casos, como el egipcio, los militares se tomaron el poder mediante golpes de Estado, impulsados por un discurso nacionalista o un sentido de misión: proveer estabilidad,

seguridad y preservación de la independencia. Una vez en el poder, estos militares renuncian a la vida castrense para asumir el carácter de gobernantes “civiles”. Sin embargo, inmediatamente les surge un dilema: ¿cómo seguir contando con la lealtad de las Fuerzas Armadas y al mismo tiempo reducir su influencia subordinándolos al nuevo liderazgo “civil”? (Droz-Vincent 2007, 196).

Una de las medidas adoptadas fue la concesión de privilegios económicos y el encauzamiento de la mayor parte de los recursos del Estado a las Fuerzas Armadas para que estas se encargaran de poner en marcha los proyectos de industrialización nacional. Esto, sin duda, contribuyó a la modernización económica del país, pero también convirtió a las Fuerzas Armadas en una institución orientada hacia el lucro económico.

Los militares, en ese sentido, comenzaron a controlar proyectos que iban desde la recuperación de tierras hasta la fabricación de insumos industriales y agrícolas. Durante el gobierno de Sadat (1970-1981), los intereses de los militares se limitaron a la industria de la defensa, pero cuando Mubarak llegó al poder se las ingenieron para diversificar sus intereses a través de la consecución de recursos privados o la donación internacional (principalmente de Estados Unidos). El Ministerio de Producción Militar, la Organización Árabe para la Industrialización y la Organización Nacional de Proyectos de Servicio han proveído el marco institucional para controlar numerosas filiales de sociedades de cartera de propiedad estatal y acciones en empresas públicas y privadas; en muchos casos, estas operaciones, aunque normalmente efectuadas a la sombra de la vida pública y con el derecho a mantener secreto sus registros contables, se han hecho con transnacionales de la construcción, el transporte marítimo y la fabricación y exportación de armas (Marshall y Stacher 2012; Marshall 2015).

Las Fuerzas Armadas adquirieron mayores capacidades y autonomía gracias a las guerras árabe-israelíes y la posterior ayuda financiera de Estados Unidos, consolidando su posición como actores de la política egipcia (Gotowicki 1999, 106-107; Salih 2015). Esto último creó una especie de estatus en el que los militares podían controlar el aparato estatal en una posición de lealtad al régimen o ejerciendo directamente el poder, pero no de sumisión al gobierno.

La desastrosa guerra con Israel de 1967 fue aprovechada por Sadat (y posteriormente por Mubarak) para invertir las relaciones con los militares, adoptando una política que permitiera subordinar o neutralizar al Ejército. Pero solo fue gracias a la combinación de circunstancias externas que los militares vieron peligrar su posición: el retorno económico de sus industrias disminuyó a medida que el Estado egipcio perdía poder de mercado con relación a los inversores privados y los prestamistas internacionales. En otras palabras, la política de liberalización, que implicaba un descenso de las inversiones públicas en el sector defensa

y la entrada en escena de nuevos inversionistas privados, tendería a erosionar la infraestructura económica de los militares (Marshall 2015).

Asimismo, Mubarak comenzó a apoyarse en los aparatos de seguridad (*Mukhabarat* o policía secreta) como una fuerza leal, mientras intentaba relegar a los militares al rol tradicional de la defensa.⁶ En la antesala de la “revolución” de 2011, por cierto, salieron a flote las fricciones entre Mubarak y el establecimiento militar. Los generales no solo desconfiaban de la estrategia política de Mubarak de dejar vacante la figura de Vicepresidente para abrir el camino a su hijo, Gamal Mubarak, sino que temían al nuevo proyecto neoliberal de privatización y la incorporación de tecnócratas y especialistas a la burocracia estatal (representantes de las nuevas élites financieras y del sector terciario que buscaban controlar el poder político). Para los militares, ello suponía la eliminación paulatina de sus prerrogativas económicas (secreto financiero, inmunidad, privilegios para licitar, entre otros) y quedar relegados de la estructura económica tradicional (Nagarajan 2013; Selim 2015).

b. La transición política bajo el mando militar

Por más que su posición peligrara, los militares nunca renunciaron al derecho de intervenir cuando surgiera una situación de emergencia. Los dieciocho días que siguieron al movimiento del 25 de enero, en medio de fuertes protestas y diversos incidentes violentos, fueron aprovechados por los militares para deshacerse de Mubarak.

Presentándose como “salvadores” de la nación, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (CSFA), a la cabeza del general Tantawi, anunció el 11 de febrero la “renuncia” definitiva de Mubarak. Ese paso hizo creer a los manifestantes que la transición hacia la democracia estaría respaldada por el referido Consejo. Pero con el paso de los días se hizo evidente que la caída de Mubarak solo significó una (re)configuración del poder, en la que el CSFA pasó a controlar la transición a través de una Junta Militar; una situación que en teoría debía durar hasta la convocatoria a elecciones presidenciales.

Durante el año que transcurre antes de las presidenciales de junio de 2012, la Junta Militar se hizo con el control de la Suprema Corte Constitucional y logró concentrar diversas prerrogativas de los poderes ejecutivo y legislativo a través de la Declaración Constitucional transitoria que regía al país desde marzo de 2011. Esa Declaración, junto a algunos cambios introducidos en esta, le permitía a la Junta Militar tener la última palabra en la aprobación de las leyes, imponiendo un nuevo marco legal en el que no solo restringía los poderes

6 En Egipto, los miembros del aparato de seguridad superaban en número a los del Ejército: 1,5 millones de agentes, en comparación con 500.000 soldados (Salih 2013).

del futuro presidente, sino que le permitía controlar las relaciones internacionales, cuyo aspecto más crítico sigue siendo el mantenimiento del statu quo con Estados Unidos e Israel (Ahram 2012).

Entre abril y noviembre de 2011, diversas agrupaciones convocaron nuevas protestas contra la Junta Militar, dentro de las que cabe destacar una importante coalición de fuerzas de izquierda (la Alianza de Fuerzas Socialistas) y decenas de organizaciones campesinas, sindicatos independientes y asociaciones comunitarias (Aoudé 2013). Estos movimientos, sin embargo, no lograron captar a los centenares de miles de jóvenes “revolucionarios”, y estos, a su vez, fueron incapaces de crear una estructura política o de liderazgo que canalizara sus aspiraciones.

Aparte de que algunas de esas fuerzas terminarían siendo cooptadas, los militares lograron avanzar sin grandes obstáculos en la disolución de la Cámara Baja del Parlamento, encargada de redactar la nueva Constitución. Esta Cámara, establecida en las elecciones de noviembre de 2011 y enero de 2012, quedó conformada por una mayoría dominada por los Hermanos Musulmanes, seguidos por los salafistas del Partido Nour y los liberales del Nuevo Partido Wafd. Los militares llevaron a cabo el golpe parlamentario bajo el argumento de que estaban siguiendo una orden legal de la Corte Suprema, según la cual más de una tercera parte de los diputados habían sido elegidos ilegalmente. Al mismo tiempo los militares aplicaron una dura ley marcial que les atribuía el derecho a detener y encarcelar por seis meses a las personas que se opusieran a esta decisión (Kirkpatrick 2012; Tawab 2012). Con estos pasos, el estamento castrense quería evitar que la nueva Constitución tuviese un marcado contenido *islámico*, aunque en realidad lo que pretendían era conservar su poder antes de que se convocaran las elecciones presidenciales, independientemente de la fuerza política que emergiera victoriosa.

Los Hermanos Musulmanes aceptaron esa decisión. En ese momento se sentían satisfechos por el solo hecho de haber sido legalizados, aunque también porque su ideología conservadora los acercaba más a la postura del CSFA: temor a los movimientos de masas y simpatía por el proyecto neoliberal.⁷

3. La incipiente presidencia de Mohamed Mursi

Durante la transición, la Junta Militar permitió la puesta en escena de un contexto electoral restringido, y, con ese marco, los egipcios se dirigieron a las

7 Ashraf Khalil, periodista y activista egipcio, manifiesta que las decisiones de los militares estancaron la “revolución”, creando un estado de ánimo desesperanzador entre los egipcios. Para Khalil, ello se debía a que el *mubarakismo* aún no se había “desprogramado” de la mente de un amplio sector de la sociedad (2012, 240).

urnas a ejercer su derecho al sufragio en el referéndum sobre la Declaración Constitucional, en las elecciones parlamentarias y finalmente en las presidenciales.

Los candidatos aprobados por la Junta Militar para los comicios presidenciales de 2012 representaban un variado conjunto de movimientos *mubarakistas*, independientes, liberales e islámicos. A las elecciones solo concurrió el 46% del electorado, que finalmente fueron definidas en una segunda vuelta entre Mohammed Mursi, como candidato del Partido Libertad y Justicia de los Hermanos Musulmanes, y Ahmed Shafiq, quien fue el último primer ministro de Mubarak (CIDOB 2012).

En la antesala de la elección hubo muestras de desconfianza, descontento, e incluso los militares amenazaron con un ultimátum contra la Hermandad, debido a unas denuncias de fraude. Sin embargo, en parte por presión de Estados Unidos sobre el CSFA y en parte porque el mismo Consejo ansiaba una nueva era de estabilidad y orden, el proceso concluyó pacíficamente con la elección de Mohamed Mursi como el primer presidente electo democráticamente, con un 51,7% de los votos (Selim 2013).

Cuadro 3. Preferencias políticas en Egipto, 2011 y 2013

Preferencia del sistema político	2011	2013	Diferencia 2011-2013
Democracia secular	51,0%	69,5%	18,5%
Democracia con Islam	27,1%	15,7%	-11,4%
Autoritarismo secular	11,9%	12,2%	0,3%
Autoritarismo con Islam	10,0%	2,5%	-7,5%

Fuente: The Arab Barometer Project (2014).

Si bien los egipcios se inclinaban más por una democracia secular, los Hermanos Musulmanes terminaron ganando las elecciones gracias a la coalición que forjaron con diversos movimientos islamistas y del espectro liberal. Para esos partidos, la Hermandad era reconocida como una organización que contaba con la ventaja de ser el principal movimiento sociopolítico de oposición en Egipto, a pesar (o como consecuencia) de operar en la ilegalidad. La Hermandad contaba además con una importante base de apoyo vinculada a su importante red de

organizaciones profesionales, de caridad y candidatos “independientes” que los representaban en el Parlamento (ver el cuadro 3).

Estas prácticas se complementaban con el uso de un discurso islámico que calaba especialmente en la clase media-baja (Wickham 2003, 207). Al enfatizar en las necesidades materiales, la Hermandad se convirtió en el portavoz de los marginados, que la veían como la mejor alternativa para construir un puente entre la periferia y el centro del poder político.⁸

a. La relación de fuerzas entre Mursi y los militares

Al iniciar su gobierno, Mursi aceptó preservar ciertos privilegios de los militares: secreto de sus finanzas, inmunidad, derecho a la conscripción laboral, mantenimiento de sus industrias y la cesión de algunos proyectos de infraestructura de alto perfil. Los militares, a su vez, levantaron las medidas que prohibían las expresiones religiosas dentro del Ejército y permitieron la institucionalización de una gobernanza civil en la que tuvo cabida el Islam. Esa alianza —tácita o ambigua, según quiera verse— sirvió durante un corto tiempo para reprimir las primeras manifestaciones antigubernamentales (Marshall 2015; Stacher 2012).

Pero Mursi manifestó muy pronto que no estaba dispuesto a prolongar una situación en la que los militares tuvieran concentrado el poder. Entre otras medidas, decidió reinstaurar el Parlamento y, en noviembre de 2012, intentó imponer una enmienda constitucional que le atribuía poderes “ilimitados”. Los militares también comenzaron a distanciarse de Mursi cuando este anunció que la ampliación del Canal de Suez, el principal proyecto de infraestructura de Egipto de las últimas décadas, estaría en manos de un solo Director con el rango de Primer Ministro y que rendiría cuentas directamente al Presidente de la República. Consideraron que esa medida buscaba convertir a los militares en un actor más entre los distintos entes que participarían en dicho proyecto y, en consecuencia, reducir el poder que concentraban en la vieja estructura burocrática de la Autoridad del Canal de Suez. No cabe duda de que este paso fue crucial para provocar la ruptura definitiva con la Hermandad (Marshall 2015).

Otro tema que generó complicaciones fue la destitución de Mohamed Hussein Tantawi, quien en ese momento servía como ministro de Defensa y había sido un aliado crucial de Mubarak durante más de veinte años (Fahim 2012). Ello se hizo con el fin de renovar la cúpula militar y crear una imagen alejada del *mubarakismo*. De este modo, Mursi nombró a Abdel Fattah al-Sisi, hasta ese entonces jefe de la inteligencia militar, como ministro de Defensa y jefe de las Fuerzas Armadas.

8 Para un balance sobre las preferencias islámicas antes y durante la transición, ver Tessler (2015).

b. El camino hacia el golpe militar

Durante el corto periodo en que Mursi estuvo en el poder, el Estado egipcio se convirtió en una especie de Estado híbrido, un régimen que combina formas de autoritarismo y democracia.⁹ Sumado a esto, Mursi se topó con serias dificultades para integrar su ideario político a la esencia dual entre secularismo y el apego a los valores del Islam prevaleciente en la historia moderna de Egipto; un patrón recurrente en el que la aplicación de la ley *Sharia* (islámica) por parte de las autoridades religiosas o seculares se hace sin la necesidad de imponer una Constitución islámica. Este dualismo obedece en parte a las preferencias e identidades de la población y las élites religiosas, y Mursi, a pesar de no distanciarse mucho de ese patrón, estaba inclinado a consolidar o darle prelación a la naturaleza islámica de Egipto.

La ambigüedad creada en el sistema político hizo difícil articular las demandas de los distintos sectores políticos. Si por un lado se exacerbaban las diferencias entre la Hermandad y otros islamistas insatisfechos con la moderación de Mursi, que lo acusaron de no cumplir con su promesa de imponer en el país la ley islámica, por otro, la oposición secular le increpaba la naturaleza islamista de su política.¹⁰ En parte, esa ambigüedad, junto al estancamiento de la economía y las prácticas corruptas del gobierno, produjo el descontento de un sector de la población, que salió a protestar el 29 de enero de 2013 bajo la denominación de *Tamarod* (Rebelión) exigiendo la renuncia de Mursi (Witte 2013).

Esas manifestaciones surgieron también gracias a los esfuerzos de los militares para debilitar al gobierno, además de su participación directa en el fomento y financiación de las protestas (Marshall 2015).¹¹ Los militares, a la cabeza de al-Sisi, dieron un ultimátum para que el presidente dejara el poder, y si bien Mursi intentó mantenerse valiéndose de canales políticos, la decisión ya estaba tomada, y el 3 de julio se llevó a cabo el golpe (Perry y Fick 2013).¹²

9 Esto es especialmente recurrente en las fases de transición de un régimen autoritario a uno democrático. Ver, por ejemplo, O'Donnell y Schmitter (1986).

10 Entre esos islamistas estaba el Partido Nour. Otros movimientos islamistas, sin embargo, mantuvieron su alianza con la Hermandad y, de hecho, condenaron el golpe contra Mursi, entre los que figuran el Partido Wasat y el Partido Watan. Por ello, esos partidos están sometidos a duras persecuciones, y algunos de sus líderes han sido encarcelados (Dunne 2015).

11 Esto se descubrió tras la revelación de múltiples cables o conversaciones entre al-Sisi y otros militares, y se presume que estas fueron reveladas por otros militares desafectos. También se conoció cómo al-Sisi y sus seguidores manipularon el sistema legal y los medios de comunicación para condenar a Mursi por traición y desprestigiarlo (estos cables se pueden consultar en Tamimi 2014).

12 Este paso lo dio al-Sisi con la colaboración de Mahmoud Badr, organizador del movimiento Tamarod, y la aprobación de otras fuerzas políticas y religiosas antiislamistas: el

La relación entre Mursi y al-Sisi no se acomodaba al acostumbrado statu quo entre el poder de los “civiles” y las Fuerzas Armadas, que durante décadas habían mantenido una posición de lealtad al gobierno, pero no de sumisión. Los militares, que no estaban dispuestos a ser controlados o a compartir su poder, simplemente concibieron el año de gobierno de Mursi como un periodo de prueba para conocer quiénes podían ser aliados fiables.

4. Del golpe militar al autoritarismo renovado

Los oficiales justificaron el golpe con la promesa de recuperar la estabilidad y proteger las reivindicaciones logradas por los manifestantes en 2011. Pero no iba a estar exento de dificultades: los partidarios de la Hermandad y otras agrupaciones aliadas de naturaleza islamista o secular (como el movimiento juvenil 6 de Abril) salieron a las calles a protestar, y el Estado desató una ola de represión que desembocó en un nuevo estado de emergencia.

Paralelamente, los perpetradores del golpe juramentaron como presidente interino a Adly Mansour, quien comenzó a tomar decisiones en línea con lo que exigían los militares, como la disolución del Consejo de la *Shura* (Cámara Alta, de mayoría islamista) y la suspensión de la Constitución de 2012 (que fue reemplazada en 2014, después de un referéndum en el que sectores seculares y de izquierda, como la Alianza Socialista y la Federación Sindical Egipcia, apoyaron este proceso). El CSFA también promocionó a al-Sisi al rango de Mariscal de Campo, la posición militar más alta en Egipto, y al cargo de Viceprimer ministro. Estos pasos presuponían el advenimiento al poder de una nueva generación de oficiales que se cristalizaría con la elección de al-Sisi como nuevo presidente de Egipto.

La candidatura de al-Sisi se anunció en abril de 2014. Como ocurrió durante las elecciones presidenciales en la era Mubarak, las autoridades recurrieron a las viejas prácticas autoritarias electorales que las condujeron a una segura elección presidencial.¹³ No es extraño, por tanto, que al-Sisi emergiera como ganador de las elecciones presidenciales con un 96% de los votos a su favor (Al Jazeera 2014).

a. Al-Sisi: la nueva cara del viejo mubarakismo (y del nasserismo)

Al-Sisi intentó recuperar la imagen de los militares y legitimarse en el poder después de la matanza y el arresto de miles de seguidores de los Hermanos

líder político Mohamed el-Baradei, Teodoro II (papa copto) y Ahmed el-Tayeb (jeque de la Mezquita de Al-Azhar).

13 Mubarak arrasó en las urnas en cinco elecciones presidenciales: 1981, 1987, 1993, 1999 y 2005. En 2005, a pesar de la participación de más partidos, Hosni Mubarak ganó con el 88% de los votos (CIDOB 2012).

Musulmanes entre julio y agosto de 2013. Estas prácticas pueden ser vistas como “correctivos” de las políticas discursivas de la era Mubarak, a las cuales se denomina en este estudio *neomubarakismo*. Sobresalen cuatro aspectos que merecen ser referenciados:

1. Los líderes de los regímenes autoritarios, como en el caso egipcio, lograron ascender en la escala social y política al generar la suficiente confianza hacia la institución militar; son hombres leales y carismáticos que cuentan con una carrera ejemplar fácil de mostrar a la opinión pública. Esto les facilitó la integración a las redes económicas y les dio mayor legitimidad para gobernar o quedar a la sombra del poder. Al perder su ascendencia —como ocurrió con Mubarak, por los motivos expresados anteriormente—, la personificación del autoritarismo solo sufrió una ligera transformación: el sistema se mantuvo con una nueva cara. Esta nueva faceta tiene en realidad las mismas características de Mubarak, Sadat o Nasser. Al-Sisi, quien cumple con ese perfil, no solo tuvo la habilidad para ascender rápidamente en la escala militar, sino de convencer a Mursi de que él era un oficial profesional poco ambicioso y al mismo tiempo atractivo para el público egipcio.¹⁴

2. La omnipresencia o el excesivo uso de la imagen. Al igual que en la era de Mubarak, cada barrio, calle o estación de metro tenía inscrito el nombre o las fotografías que los mostraban como hombres fuertes que nunca envejecían. El movimiento del 29 de junio de 2013, que sirve de puente para llevar a al-Sisi al poder, generó la llamada “fiebre Sisi” tras su presencia multifacética en todas las redes sociales y formas populares, como la elaboración de sus propios dulces, ropa y accesorios (El-Behary 2013).

3. Al-Sisi se presentó ante el público egipcio siguiendo la retórica nacionalista, populista y anti-internacionalista de Nasser, y, de hecho, era frecuente que su imagen apareciera en los afiches junto a la de esa figura icónica. En ese sentido, al-Sisi buscaba “corregir” el débil nacionalismo encarnado por Mubarak. Al-Sisi se presentó como el “salvador” de la nación, con la misión de tomar medidas extremas contra el gobierno impopular de la Hermandad Musulmana y evitar que el movimiento de protestas contra Mursi se transformara en una guerra civil. Al igual que Nasser, quien retrataba a la monarquía egipcia como un agente servil del poder colonial británico, al-Sisi representaba a la Hermanad como una cofradía interesada en promover una agenda panislámica (y no egipcia), y en connivencia con Qatar, Turquía e, incluso, Estados Unidos.¹⁵

14 Para los detalles sobre los caracteres y la carrera de al-Sisi, ver Said Aly (2014).

15 Sobre esta práctica discursiva, ver Alghoul (2015) y Dunne (2015).

Debido a que al-Sisi llegó al poder por medio de un golpe de Estado, la relación que creó con la imagen *nasserista* se hizo con el fin de superar el legado violento que conlleva el golpe y recrear un imaginario del pasado de Egipto en el que también se reprimió, ilegalizó y marginó a los Hermanos Musulmanes del ámbito político en nombre de una “buena” causa “nacional”. En este proceso de personificación del Estado o la creación de un mecanismo psicológico en el que el líder simboliza el nacionalismo egipcio, el régimen recurrió a los medios de comunicación estatales y privados para difundir la imagen de al-Sisi como “salvador”, coartando con ello una especie de cultura política democrática recreada en las nuevas redes sociales. A través de esos medios se ha facilitado la legitimación de líderes con perfiles militares-populistas, de modo tal que la sociedad los percibe como héroes que la salvan del caos (Akl 2013; El-Behary 2013; Dunne 2015).¹⁶ Así, tras el golpe militar y la violenta campaña contra los Hermanos Musulmanes y otros grupos de oposición, al-Sisi logró salir fortalecido convirtiéndose en objeto de culto de un amplio sector de la población.

4. Sin embargo, a diferencia de sus antecesores, al-Sisi incorporó una variable nueva al discurso nacionalista: el mensaje religioso. Este discurso, en el que el Presidente se coloca como líder de una revolución moderada del Islam sunita, le permite contrarrestar las posiciones radicales de los islamistas y al mismo tiempo establecer un acercamiento estratégico con las instituciones musulmanas que siguen el patrón de subordinación al Estado secular. Un ejemplo de esto último es la relación establecida con Al-Azhar, un órgano de control de la educación en Egipto que desempeña un rol preponderante en los temas religiosos y legales a través de la interpretación de la *Sharia*.¹⁷ Este acercamiento permite, por un lado, debilitar la influencia y el discurso de los Hermanos Musulmanes, y, por otro, ejercer un mecanismo de control contra los discursos de los *Imames* (líderes religiosos), quienes tienen gran influencia en la religiosidad popular (Caridi 2015, 4-5).

En síntesis, este perfil confirma la tendencia a un autoritarismo disfrazado con una retórica reformista o “salvadora”. Ahora bien, aparte de la personificación de al-Sisi en la figura nacionalista de Nasser, aquel también recurrió, al igual que Mubarak, a los aparatos de seguridad no solo para reproducir el autoritarismo y abrir un nuevo espacio a las viejas figuras mubarakistas, sino para perpetuar la estructura neoliberal vigente desde la década de 1970.

16 Akl (2013) sugiere que los altos niveles de analfabetismo también contribuyeron a generar una cultura popular acrítica.

17 En la Constitución aprobada en 2014, el artículo 2 dice que el Islam es la religión oficial del Estado, y los principios de su legislatura son guiados por la *Sharia*. De acuerdo con el artículo 7, Al-Azhar está obligado a proveer al Estado lo que necesita para cumplir con sus objetivos (Egypt's State Information Service 2014).

b. El autoritarismo fortalecido

El *neomubarakismo* también se ha manifestado con la implementación por parte del nuevo régimen de correctivos políticos para enmendar los errores cometidos por Mubarak que lo llevaron a su caída. Al-Sisi, en lugar de permitir una mayor apertura, está completando el autoritarismo hegemónico electoral con la cristalización de un Estado políticamente cerrado, recurriendo a la cooptación o a la formación de alianzas con candidatos nacionalistas multimillonarios (llamados oficialmente “independientes”), la manipulación del sistema electoral y la implementación de métodos más represivos.

Los principales actores políticos de los últimos dos años son figuras nacionalistas de la era Mubarak, algunos de ellos excarcelados. Mubarak y sus dos hijos, Alaa y Gamal, fueron liberados pero no se espera que participen en la política egipcia en el futuro inmediato. Ese rol ha quedado en manos de figuras como Ahmed Ezz, magnate y exsecretario general del Partido Nacional Democrático, el excandidato presidencial y general retirado Ahmed Shafiq, el general retirado Sameh Seif al-Yazal, el exprimer ministro Kamal el-Ganzouri y el exministro de Relaciones Exteriores y secretario general de la Liga Árabe, Amr Moussa (Dunne 2015). En las elecciones al Parlamento de octubre-diciembre de 2015, la atmósfera política fue muy similar a la de las elecciones llevadas a cabo en 2010: elecciones dominadas por candidatos “independientes” cercanos a Mubarak. De hecho, el ganador de las elecciones de 2015 fue el nuevo partido nacionalista, el Partido Libre de Egipto, liderado por Naguib Sawiris, un multimillonario que además es partidario de al-Sisi (El-Fekki 2015).

En Egipto, las instituciones electorales sirven como fachada del régimen para presentar una imagen democrática, cuando en realidad perpetúan una estructura en la que los movimientos de oposición no cooptados quedan sin representación alguna. Una manera de legitimar esta política es a través de la cooptación o la coacción: la oposición secular —como los partidos Wafd y Kefaya— se ha manifestado dispuesta a seguir el juego electoral recreado por al-Sisi con el único fin de preservarse, mientras que otros políticos liberales prominentes, como el-Baradei, se vieron obligados a exiliarse.¹⁸

18 La ley electoral, decretada en 2014 y modificada en marzo de 2015, creó una compleja conjunción de reglas de juego: por un lado, permite a los partidos políticos ocupar todos los asientos de su distrito si ganan con más del 51% de los votos; por otro lado, favorece la llegada de candidatos “independientes” al nuevo Parlamento, y no de partidos políticos. En este sentido, los partidos que se presenten por lista de candidatos solo pueden aspirar a ocupar una quinta parte de los escaños. Estas reglas, en realidad, se crearon para que los partidos políticos seculares y de izquierda, los menos poderosos y con menores recursos, queden al margen del espectro político (Dunne 2015).

Otra forma de legitimarla es a través de la ilegalización de los partidos o el encarcelamiento de sus activistas, bajo el argumento de que representan una amenaza a la seguridad o al orden. Ese es el caso de la izquierda radical y los movimientos juveniles/sindicales que fueron determinantes en enero de 2011 (como el Movimiento 6 de Abril). También es el caso de los partidos islamistas moderados Watan y Wasat, y sobre todo de la Hermandad Musulmana. Al considerarlos como una amenaza a la seguridad nacional, el régimen impulsó una nueva legislación antiterrorista que le permite manipular la ley sin necesidad de recurrir al estado de emergencia (Yehia 2013). Bajo ese marco, la Hermandad Musulmana fue ilegalizada y posteriormente declarada una organización terrorista, y se persiguió y encarceló sistemáticamente a sus líderes, incluido el propio Mursi (Cunnigham 2013).¹⁹

La maquinaria propagandística de al-Sisi sostiene que este llegó al poder para preservar las reivindicaciones del movimiento del 25 de enero, supuestamente vulneradas por Mohamed Mursi. Sin embargo, durante su gobierno ha habido aún más represión que durante los treinta años del gobierno de Mubarak. El Consejo Nacional de Derechos Humanos reveló en su último informe que desde el golpe de 2013 hasta diciembre de 2014 fueron asesinadas por lo menos 2.600 personas, además de un número desconocido de presos que han muerto en medio de su detención, y otro número desconocido de opositores desaparecidos y unos 40.000 presos políticos (Stork 2015; *The Economist* 2015). El régimen también ha cerrado medios de comunicación y ha encarcelado periodistas que se han “desviado” de la narrativa oficial (Committee to Protect Journalists 2015).

c. Reproducción del orden neoliberal

Al-Sisi anunció la puesta en práctica de un paquete de promesas asistencialistas para sacar a Egipto de su estancamiento. Entre otras medidas, prometió la subvención de los alimentos y la energía (algo que hacía recordar la era *nasserista*) y la implementación de políticas destinadas a reducir los precios de la canasta básica y el desempleo (Samra 2014). Al-Sisi también manifestó que recurriría a la ayuda internacional sin permitir que las instituciones financieras impusieran duras condiciones de austeridad.

Sin embargo, rápidamente se hizo evidente que muchas de esas medidas no eran más que promesas electorales. Durante sus primeros meses de gobierno

19 Al-Sisi, como se dijo, también recurrió al Islam para condenar el supuesto terrorismo durante las manifestaciones, una estrategia discursiva que tenía como fin ganarse el apoyo de la población y legitimar la represión que se avecinaba contra los islamistas. El miedo (infundado) y las prácticas represivas, en últimas, terminaron provocando un rápido ascenso de la violencia terrorista en localidades como el Sinaí (Joscelyn 2015).

se han recortado los subsidios a los combustibles, se ha incrementado entre un 40% y un 80% el precio del servicio de luz y calefacción a los hogares, y casi nada ha hecho para evitar el aumento del costo de vida de la población pobre. Junto a la promesa de eliminar gradualmente todas las subvenciones, al-Sisi redujo el límite máximo del impuesto de sociedades del 25% al 22,5%, junto con una reducción del 5% adicional en impuestos a las ventas sobre las herramientas y equipos.

Además, ha redirigido importantes sumas de dinero para financiar los proyectos industriales de las Fuerzas Armadas. Por citar dos ejemplos, el Banco Nacional de Egipto desembolsó 20 millones de dólares para subsidiar el proyecto Tharwa Petroleum, y aprobó la transferencia a los militares de la telefónica Vodafone Egypt. El disputado control por el proyecto de ampliación del Canal de Suez también fue zanjado a favor de los militares, aunque con la debida participación de capital internacional.²⁰

Para dar mayor tranquilidad a los reproductores de esta estructura, los militares —tanto durante la transición como durante el gobierno de al-Sisi— han ordenado la aplicación de duras operaciones de represión contra los movimientos sindicales en las zonas donde están invertidos sus capitales y los de sus socios privados (Ramadan y Adly 2015). En ese sentido, al-Sisi ha resultado ser un discípulo neoliberal de Mubarak, y no un discípulo populista/asistencia- lista de Nasser, como lo presentan sus partidarios y, en general, la maquinaria propagandística del régimen (Naguib 2015).

Gracias a ello, y a pesar del descontento de algunos sectores minorita- rios dentro de las Fuerzas Armadas, la mayor parte de los militares de alto rango sigue apoyando a al-Sisi. Todo indica que este va a reproducir sin mayores tropie- zos la alianza corrupta entre el Estado, los militares y las familias multimillonarias monopolizadoras. Esta es una de las prácticas *neomubarakistas* que seguirán ero- sionando las aspiraciones de los manifestantes que claman desde 2011 un cambio estructural en la política egipcia.

Conclusiones y perspectivas

La “primavera” egipcia no logró cristalizarse en un sistema democrático como lo exigían los manifestantes en 2011. Esto fue el resultado, principalmente, de la capacidad de las Fuerzas Militares para sostener su poder y reforzar el sistema autoritario a través de la renovación de las prácticas represivas heredadas del mubarakismo (y el nasserismo). El estamento castrense y, especialmente, al-Sisi

20 Para mayores detalles, ver Marshall (2015).

incorporaron a esas prácticas un discurso nacionalista antiislamista que paradójicamente se nutre del Islam, lo que les ayudó a sumar apoyo de las fuerzas seculares y de izquierda cooptadas; los viejos sectores conservadores mubarakistas que seguían dominando las instituciones estatales también sumaron su apoyo, así como los empresarios ricos que no vieron amenazados sus intereses.

En últimas, los militares hicieron perder a la revolución los exiguos avances democráticos que se habían conseguido, llevando a Egipto al escenario anterior a 2011: un poder político-militar autoritario como fuerza determinante de un orden económico neoliberal. Esta conjunción de factores fue denominada en este estudio *neomubarakismo*, una nueva cara con las mismas prácticas represivas y un discurso nacionalista agresivo.

Bajo la excusa de recuperar la seguridad y luchar contra los “desestabilizadores” islamistas, los militares anularon cualquier posibilidad de emprender una transición verdadera hacia un régimen democrático, ofreciendo espacios limitados de participación. Al cooptar el sistema electoral y judicial, criminalizaron o marginaron del espectro político a los Hermanos Musulmanes y la izquierda radical, bajo el argumento de que al reprimir cualquier intento de protesta popular se estaría erradicando un mal mayor. Este espectro poco incluyente y ampliamente represivo no ha dejado más alternativa a algunos grupos islamistas que radicalizarse, aunque la Hermandad Musulmana ha decidido no responder a través de métodos violentos.

Al no incorporar a los sectores excluidos de la población en el sistema político y laboral, y en lugar de ello reprimirlos, Egipto se estaría encaminando hacia un levantamiento más radical. La peligrosa campaña de división entre grupos políticos, religiosos y sociales que ha impulsado al-Sisi aumenta las posibilidades de una nueva ola de protestas violentas y sectarias. La inestabilidad que se avecina quizás pueda ser aplacada por el régimen en el corto plazo, pero sin una apertura democrática real, el autoritarismo seguirá perpetuándose hasta que una verdadera revolución con resultados exitosos genere el cambio.

Referencias

1. Achcar, Gilbert. 2013. *The People Want: A Radical Exploration of Arab Uprising*. Berkeley: University of California Press.
2. Ahram Online. 2012. “English Text of SCAF Amended Egypt Constitutional Declaration”. *Ahram Online*, 18 de junio. URL: <http://english.ahram.org.eg/NewsContent/1/64/45350/Egypt/Politics-/URGENT-English-text-of-SCAF-amended-Egypt-Constitu.aspx>
3. Akl, Ziad. 2013. “The Sisi Propaganda”. *Daily News Egypt*, 27 de julio. URL: <http://www.dailynewsegypt.com/2013/07/27/the-sisi-propaganda/>

4. Al Jazeera. 2014. "Profile: Abdel Fattah el-Sisi". *Al-Jazeera News*, 8 de junio. URL: <http://www.aljazeera.com/news/middleeast/2013/07/201373112752442652.html>
5. Alghoul, Diana. 2015. "Is Al-Sisi a Diplomat Extraordinaire or a Puppet?" *Middle East Monitor*, 19 de junio. URL: <https://www.middleeastmonitor.com/articles/middle-east/19126-is-al-sisi-a-diplomat-extraordinaire-or-a-puppet>
6. Al-Sayyid, Kamel Mustafa. 2013. "What Went Wrong with Mubarak's Regime?" En *Egypt's Tahrir Revolution*, editado por Dan Tschirgi, Walid Kazziha y Sean McMahon, 11-28. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
7. Amin, Galal. 2011. *Egypt in the Era of Hosni Mubarak 1981-2011*. El Cairo: The American University in Cairo Press.
8. Amin, Galal. 2000. *Whatever Happened to The Egyptians? Changes in Egyptian Society from 1950 to the Present*. El Cairo: The American University in Cairo Press.
9. Aoudé, Ibrahim. 2013. "Egypt: Revolutionary Process and Global Capitalist Crisis". *Arab Studies Quarterly* 35 (3): 241-254. DOI: [dx.doi.org/10.13169/arabstud-quar.35.3.0241](https://doi.org/10.13169/arabstud-quar.35.3.0241)
10. Arab Barometer. 2014. *Arab Barometer Project*. URL: <http://www.arabbarometer.org/>
11. Assaad, Ragui y Caroline Krafft. 2015. *The Egyptian Labor Market in a Era of Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
12. Brown, Nathan. 2014. "Egypt's Resurgent Authoritarianism: It's a Way of Life". *Carnegie Endowment for International Peace*, 9 de octubre. URL: <http://carnegieendowment.org/2014/10/09/egypt-s-resurgent-authoritarianism-it-s-way-of-life>
13. Caridi, Paola. 2015. "Consensus-building in Al-Sisi's Egypt". *Insight Egypt* 7: 1-8. URL: http://www.iai.it/sites/default/files/inegypt_07.pdf
14. CIDOB. 2012. "Elecciones presidenciales Egipto 2012". *Barcelona Center for International Affairs*, mayo. URL: http://www.cidob.org/es/publicaciones/dossiers/egipto_elecciones_presidenciales_2012/resultados_y_reacciones
15. Committee to Protect Journalists (CPJ). 2015. "Egypt's Imprisonment of Journalists Is at an All-time High", junio. URL: <https://cpj.org/reports/2015/06/egypt-imprisonment-of-journalists-is-at-an-all-time-high.php>
16. "Constitution of the Arab Republic of Egypt", 2014, Egypt's State Information Service, noviembre. URL: <http://www.sis.gov.eg/Newvrr/Dustor-en001.pdf>
17. Cunningham, Erin. 2013. "Egypt's Military-backed Government Declares Muslim Brotherhood a Terrorist Organization". *The Washington Post*, 25 de diciembre. URL: http://www.washingtonpost.com/world/middle_east/egypts-military-backed-government-declares-muslim-brotherhood-a-terrorist-organization/2013/12/25/7cf-075ca-6dao-11e3-aecc-85cb037b7236_story.html
18. Diamond, Larry. 2002. "Thinking About Hybrid Regimes". *Journal of Democracy* 13 (2): 21-35. DOI: [dx.doi.org/10.1353/jod.2002.0025](https://doi.org/10.1353/jod.2002.0025)
19. Droz-Vincent, Phillippe. 2007. "From Political to Economic Actors: The Changing Role of Middle Eastern Armies". En *Debating Arab Authoritarianism: Dynamics and Durability in Nondemocratic Regimes*, editado por Oliver Schlumberger, 195-211. Stanford: Stanford University Press.
20. Dunne, Michele. 2015. "Egypt's Nationalists Dominate in a Politics-Free Zone". *Carnegie Endowment for International Peace*, 15 de abril. URL: <http://carnegieendowment.org/2015/04/15/egypt-s-nationalists-dominate-in-politics-free-zone/i7q2>
21. Egyptian Center for Economic and Social Rights. 2013. "Egypt". URL: <http://www.cesr.org/downloads/Egypt.Factsheet.web.pdf?preview=1>

22. El-Behary, Hend. 2013. "'Sisi Fever' Makes Its Mark on Random Egyptian Products". *Egypt Independent*, 8 de noviembre. URL: <http://www.egyptindependent.com/news/%E2%80%98sisi-fever-makes-its-mark-random-egyptian-products>
23. El-Fekki, Amira. 2015. "Independents Majority in Upcoming Parliament". *Daily News Egypt*, 15 de diciembre. URL: <http://www.dailynewsegypt.com/2015/12/05/independents-majority-in-upcoming-parliament/>
24. Elnur, Ibrahim. 2013. "The Implosion of Political Patronage Regimes in the Middle East". En *Egypt's Tahrir Revolution*, editado por Dan Tschirgi, Walid Kazziha y Sean McMahon, 131-150. Boulder: Lynne Rienner Publishers.
25. Fahim, Kareem. 2012. "In Upheaval for Egypt, Morsi Forces Out Military Chiefs". *The New York Times*, 12 de agosto. URL: <http://www.nytimes.com/2012/08/13/world/middleeast/egyptian-leader-ousts-military-chiefs.html?hp&r=0>
26. Gotowicki, Stephen. 1999. "The Military in Egyptian Society". En *Egypt at the Crossroads: Domestic Stability and Regional Role*, editado por Phebe Marr, 105-125. Washington: National Defense University.
27. Hinnebusch, Raymond 2014. "A Historical Sociology Approach to Authoritarian Resilience in Post-Arab Uprising MENA". *Project on Middle East Political Science*, 19 de diciembre. URL: <http://pomeps.org/2014/12/19/a-historical-sociology-approach-to-authoritarian-resilience/>
28. International Fund for Agricultural Development. 2014. "Investing in Rural People in Egypt". URL: http://www.ifad.org/operations/projects/regions/PN/factsheets/eg_e.pdf
29. Joscelyn, Thomas. 2015. "Islamic State's Sinai 'Province' Launches Coordinated Attacks against Egyptian Forces". *Long War Journal*, 1 de julio. URL: <http://www.longwarjournal.org/archives/2015/07/islamic-states-sinai-province-kills-dozens-in-coordinated-attacks.php>
30. Khalil, Ashraf. 2012. *Liberation Square: Inside the Egyptian Revolution and the Rebirth of a Nation*. Nueva York: St. Martins.
31. Kirkpatrick, David. 2012. "Blow to Transition as Court Dissolves Egypt's Parliament". *The New York Times*, 14 de junio. URL: http://www.nytimes.com/2012/06/15/world/middleeast/new-political-showdown-in-egypt-as-court-invalidates-parliament.html?_r=0
32. Marshall, Shana. 2015. "The Egyptian Armed Forces and the Remaking of an Economic Empire". *Carnegie Endowment for International Peace*. URL: <http://carnegieendowment.org/2015/04/15/egyptian-armed-forces-and-remaking-of-economic-empire/i7kf>.
33. Marshall, Shana y Joshua Stacher. 2012. "Egypt's Generals and Transnational Capital". *Middle East Research and Information Project*. 262. URL: <http://www.merip.org/mer/mer262/egypts-generals-transnational-capital>
34. Mossallam, Alia. 2013. "These are Liberated Territories - Everyday Resistance in Egypt: Dismantling State Power, Experimenting with Alternatives and the Growing Movement from 2000-2010". En *Democratic Transition in the Middle East*, editado por Larbi Sadiki, Heiko Wimmen y Layla Al-Zubaidi, 109-137. Oxon: Routledge.
35. Nagarajan, K. V. 2013. "Egypt's Political Economy and the Downfall of the Mubarak Regime". *International Journal of Humanities and Social Science* 3 (10): 22-39. URL: http://www.ijhssnet.com/journals/Vol_3_No_10_Special_Issue_May_2013/3.pdf

36. Naguib, Sameh. 2015. "Beneath the Populist Facade, Egypt's Sisi Is a Neo-liberal". *Al-Araby*, 13 de marzo. URL: <http://www.alaraby.co.uk/english/comment/2015/3/13/beneath-the-populist-facade-egypts-sisi-is-a-neoliberal>
37. O'Donnell, Guillermo y Philippe Schmitter. 1986. *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
38. Perry, Tom y Maggie Fick. 2013. "Egypt's President Mohammed Morsi, Army Chiefs Prepare for Showdown Hours Ahead of Ultimatum". *The World Post*, 3 de julio. URL: http://www.huffingtonpost.com/2013/07/03/egypt-president-morsi-army-showdown_n_3539548.html?ref=topbar
39. Ramadan, Fatima y Amr Adly. 2015. "Low-Cost Authoritarianism: The Egyptian Regime and Labor Movement Since 2013". *Carnegie Endowment for International Peace*. URL: <http://carnegie-mec.org/2015/09/17/low-cost-authoritarianism-egyptian-regime-and-labor-movement-since-2013/ihui>
40. Ramadan, Tariq. 2012. *Islam and the Arab Awakening*. Oxford: Oxford University Press.
41. Said Aly, Abdel Monem. 2014. Deciphering Abdel Fattah el-Sisi: President of Egypt's Third Republic. *Crown Center for Middle East Studies*, Massachusetts, 82. URL: <http://www.brandeis.edu/crown/publications/meb/meb82.html>
42. Sakr, Naomi. 2012. "Social Media, Television Talk Shows, and Political Change in Egypt". *Television and New Media* SAGE 14 (4): 322-337. DOI: [dx.doi.org/10.1177/1527476412463446](https://doi.org/10.1177/1527476412463446)
43. Salih, Kamal Eldin Osman. 2013. "The Roots and Causes of the 2011 Arab Uprisings". *Arab Studies Quarterly* 35 (2): 184-206. DOI: [dx.doi.org/10.13169/arabstudquar.35.2.0184](https://doi.org/10.13169/arabstudquar.35.2.0184)
44. Samra, Yasmine. 2014. "Egypt's Sisi and the Bitter Pill for the Economy". *The Cairo Post*, 9 de agosto. URL: <http://www.thecairopost.com/news/121269/editors-choice/sisis-bitter-pill-for-the-economy>
45. Selim, Gamal. 2015. *The International Dimension of Democratization in Egypt. The Limits of External-Induced Change*, Hexagon Series on Human and Environmental Security and Peace, 11. Heidelberg, Londres: Springer International Publishing.
46. Selim, Gamal. 2013. "The United States and the Arab Spring: the Dynamics of Political Engineering". *Arab Studies Quarterly* 35 (3): 255-272. DOI: [dx.doi.org/10.13169/arabstudquar.35.3.0255](https://doi.org/10.13169/arabstudquar.35.3.0255)
47. Soliman, Samir. 2011. *The Autumn of Dictatorship: Fiscal Crisis and Political Change in Egypt under Mubarak*. Stanford: Stanford University Press.
48. Statcher, Joshua. 2012. "Why the Generals Back Morsi. The Invisible Hand in Egypt's Government". *Foreign Affairs*. URL: <https://www.foreignaffairs.com/articles/egypt/2012-12-20/why-generals-back-morsi>
49. Stork, Joe. 2015. Egypt's Political Prisoners. *Human Rights Watch*. URL: <https://www.hrw.org/news/2015/03/06/egypts-political-prisoners>
50. Tamimi, Azzam. 2014. "Egypt's New Shocking and Potentially Indicting Leaks". *Middle East Monitor*. URL: <https://www.middleeastmonitor.com/articles/middle-east/15666-egypts-new-shocking-and-potentially-indicting-leaks>
51. Tawab, Ziad. 2012. "The Political Pathology of the Egyptian State". *Cairo Institute for Human Rights Studies*. URL: <http://www.cihrs.org/?p=2891&lang=en>
52. Tessler, Mark. 2015. *Islam and the Search for a Political Formula: How Ordinary Citizens in the Muslim Middle East Think about Islam's Place in Political Life*. Bloomington: Indiana University Press.

53. *The Economist*. 2015. "Repression in Egypt Worse than Mubarak". *The Economist*, 2 de mayo. URL: <http://www.economist.com/news/middle-east-and-africa/21650160-abdel-fattah-al-sisi-has-restored-order-egypt-great-cost-worse>
54. Wickham, Carrie. 2003. *Mobilizing Islam. Religion, Activism and Political Change in Egypt*. Nueva York: Columbia University Press.
55. Witte, Griff. 2013. "Egypt's Morsi Gets Poor Reviews from Islamists After First Year of Presidency". *The Washington Post*, 18 de junio. URL: http://www.washingtonpost.com/world/middle_east/egypts-morsi-gets-poor-reviews-from-islamists-after-first-year-of-presidency/2013/06/17/03445ffa-d5c2-11e2-ab72-3f0d51ec1628_story.html
56. Yehia, Dina. 2013. "Egypt's Anti-terrorism Legislation". *Madamasr*, 24 de noviembre. URL: <http://www.madamasr.com/opinion/egypts-anti-terrorism-legislation>



Rafat Ghotme es profesional en Relaciones Internacionales, Magíster en Historia y candidato a Doctor en Historia de la Universidad Autónoma de Barcelona (España). Profesor asociado e investigador de la Facultad de Relaciones Internacionales, Universidad Militar Nueva Granada (Colombia). Su última publicación es el libro titulado *Al-Qaeda. Islamismo Revolucionario, Movimiento Antimperial*. Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada, 2015.
 ✉ rafat.ghotme@unimilitar.edu.co

Nadia García Sicard es profesional en Relaciones Internacionales y Magíster en Geografía Humana de la Universität Tübingen (Alemania). Investigadora de la Facultad de Relaciones Internacionales, Universidad Militar Nueva Granada (Colombia). Profesora de la Universidad Santo Tomás (Colombia). Una de sus publicaciones es "Blurred Future in Egypt after the Fall of Mubarak". En *The Political Geography of Religious Radicalism*, editado por Rainer Rothfuss y Yakubu Joseph, 122-133. Tübinga: Global Studies Working Papers Institute of Geography, 2014. ✉ nadiagarcia@usantotomas.edu.co